

## LA VENGANZA DEL FARAÓN

Acababa de nacer mi hijo y, en lugar de ir a conocerle, tuve que partir a la guerra contra el pueblo de Saqqara. Yo era el faraón, tenía que ir.

Ya llegábamos a Saqqara y no podía quitarme de la cabeza el hecho de que si moría no podría ver a mi hijo. Podía sentir la angustia en mi estómago. Estos sentimientos hacían que no me enterara de lo que pasaba a mi alrededor. Creía que si no hacía algo, mis temores se harían realidad.

Decidí quedarme en el campamento. Al amanecer envié a mi ejército a luchar mientras yo me quedaba en mi tienda con un par de guardias y algunos esclavos que me acompañaban.

Estuve esperando impacientemente todo el día hasta que llegó un mensajero diciendo que la ciudad de Saqqara estaba desierta y que los enemigos no habían opuesto ninguna resistencia. Eso me puso en alerta. Por la noche, me desperté con el sonido de miles de caballos cabalgando y relinchando. Creyendo que mi ejército había vuelto, salí de mi tienda. Una espada saqqara acabó con mi vida.

Los faraones somos dioses y como tal, desde entonces, habito en el panteón de los dioses.

Mientras tanto, Nabirye, mi esposa, estaba dando a luz a mi hijo Akhenaten. Probablemente ése y los días siguientes fueron los más felices de su vida; hasta que una tarde, cuando estaba paseando por el jardín de su palacio, llegó un mensajero diciendo que yo había muerto en mi tienda mientras que mi ejército había partido a la guerra.

Nabirye quedó sumida en una pena profunda por la noticia y su único consuelo era que yo ya tenía mi pirámide preparada.

Como mi ejército no encontró a nadie en Saqqara volvió al lugar donde nos habíamos establecido. Allí vieron el campamento invadido y a mí muerto. Se desató una sangrienta batalla. Mi ejército salió victorioso, aunque llegaron tarde para evitar mi paso al mundo de los muertos.

Al no estar yo en el mundo de los humanos, Nabirye tuvo que cuidar ella sola de Akhenaten. Pasaron los años y mi esposa decidió que no volvería a casarse y fue cuidando de mi hijo mientras que también gobernaba.

Diecisiete años después del nacimiento de Akhenaten, Nabirye decidió que ya podía ser faraón. Desde el más allá, yo me sentía muy orgulloso de mi hijo. Le coronarían en una semana, así daría tiempo de prepararlo todo. Fueron siete días muy largos para ambos pero por fin llegó el día.

La coronación fue al aire libre, cerca del palacio. Prepararon un gran altar con un trono de oro y piedras preciosas, allí se sentaría mi hijo. También dispusieron de otro pequeño trono para que se sentase Nabirye. Había cientos y cientos de sillas de madera muy simples, aunque algunas acolchas para las personas más importantes.

Se contrataron a los mejores cocineros y se compraron barriles del mejor vino. Todo esto se serviría en largas mesas, una de las cuales estaba en un altar para Akhenaten, Nabirye y las personas más importantes.

La ceremonia empezó por la mañana con la coronación de mi hijo. Después comieron hasta no poder más en el banquete, la fiesta continuó con la entrega de regalos, felicitaciones, sacrificios y el deseo de un buen reinado a mi hijo.

Por la noche, todo marchaba según lo previsto cuando de repente pasó algo que nadie esperaba. Estaban todos divirtiéndose, hablando, bebiendo, bailando,... se dio la alarma de que una flecha había matado a uno de los invitados. Posteriormente los campesinos aseguraban que habían visto miles y miles de antorchas en movimiento. Todo el mundo empezó a correr a sus casas temiendo lo peor.

Mi hijo quiso demostrar que se equivocaban intentando calmar a sus invitados. Los dioses también sentimos pena, yo sentí una muy grande porque sabía que Akhenaten no estaba en lo cierto, el ejército de Sqqara estaba en Izbat As Sad, mi hogar.

Cuando mi hijo vio al ejército invasor, corrió todo lo que pudo por las calles que estaban siendo tomadas por el poderoso ejército. Después de minutos corriendo, encontró en una casa que había sido destruida un agujero casi tapado por los escombros que daba al sótano de la casa. Allí se escondió.

No sabía qué había sido de su madre, vio como se la llevaban los hombres de Saqqara a empujones.

Estuvo llorando en silencio varias horas hasta que cesaron los gritos y no hubo nadie cerca. Entonces se arriesgó a mirar. Pensó que si salía en ese momento de la ciudad tendría más posibilidades de huir que si esperaba a que vinieran refuerzos enemigos. Habría más enemigos por lo que sería más probable que le vieran.

No muy lejos de nuestra ciudad había un pueblecito donde podría comprar provisiones con el dinero que siempre llevaba consigo. Desde allí podría ir a Izbat Nashid, éste era un pueblo aliado y le protegerían, incluso le proporcionarían un ejército para rescatar a su madre.

Salió corriendo de su escondite para ir de callejuela en callejuela hasta llegar a una de las entradas secundarias. Cuando vio la salida se emocionó demasiado y fue corriendo hacia ella, si hubiese sido más prudente se habría dado cuenta de que había un soldado a

caballo en la calle que tenía que cruzar. Afortunadamente el jinete no le reconoció y pensó que un niño no era importante.

Al poco de caminar encontró una caravana de comerciantes que iban a Mazhuna. Akhenaten no le dijo quién era pero les pidió ayuda y se unió al grupo. Como los camellos iban cargados con mercancía, los comerciantes dijeron a mi hijo que no tenían por qué cargar con más peso pues irían más lentos. Así, Akhenaten caminó horas y horas, días y días, los pies llenos de llagas, el rostro quemado por el sol, solo el deseo de encontrar a su madre le mantenía vivo. Pasaron los días hasta que por fin llegaron a Mazhuna.

Mi hijo enseguida encontró una posada barata donde alojarse. Al día siguiente, fue al palacio del gobernador de Mazhuna para pedirle un camello, provisiones y un khopesh, que es nuestra espada de hoja curva preferida. Al reconocerle, el gobernador le concedió lo solicitado a regañadientes.

Akhenaten pensó que su madre estaría retenida en Sqqara. Antes de dirigirse allí necesitaba ayuda por lo que, como inicialmente había pensado, decidió dirigirse primero a Izbet Nashid. El gobernador le ayudaría proporcionándole soldados.

Partió un día después hacia ese destino. Al principio, el viaje transcurrió sin complicaciones, luego se complicó. Pudo esquivar a bandas de contrabandistas pero no a una terrible tormenta de arena de la que consiguió salir vivo. En palacio nunca tuvo que enfrentarse a estas situaciones pero, al ser mitad hombre mitad dios, supo cómo actuar. Tras dos semanas de sufrimiento, por fin llegó a su destino. Es muy duro para un padre ver sufrir a su hijo y no poder ayudarle, pero eso formaba parte de su aprendizaje.

Izbet Nashid había pertenecido a mi imperio. El gobernador, un hombre ambicioso, ayudó a mi hijo proporcionándole algunas monedas de oro y provisiones, pero no puso a su disposición ningún soldado.

No tardo ni tres días en partir a Saqqara, el viaje transcurrió sin ningún problema, ni tormentas, ni robos, ni contratiempos.

Allí ocurrió algo inimaginable. Llevaba varios meses preguntando y escuchando para encontrar alguna pista sobre Nebirye. En un mercado con mucha gente, mi hijo robó algunos alimentos pues hacía tiempo que había gastado todo el dinero que le había dado el gobernador de Izbet Nashid. Un guardia que pasaba por ahí le vio y quiso detener a Akhenaten que salió corriendo. Viendo que no podía huir, se enfrentó al guardia. Le mató con su khopesh, era la primera vez que mataba a alguien y sintió una terrible angustia, las manos le temblaban y la cabeza parecía ir a estallarle.

Pronto se presentaron más soldados así que Akhenaten continuo corriendo. Le acorralaron en un callejón sin salida. Cuando iban directos a por él, una mano le empujó dentro de una casa. Detrás de la mano había un hombre alto, moreno y muy ágil, con cicatrices en el rostro. Los guardias vacilaron un momento pero enseguida les vieron y

persiguieron. Corrieron incansablemente por las calles de Saqqara hasta que perdieron de vista a los guardias.

El hombre le dijo que le siguiera y caminaron silenciosamente hasta una enorme casa. Estaba llena de gente. El hombre le guió hasta una sala rectangular con un par de sillas donde se sentaron. Lo primero que le dijo fue que se llamaba Ur. Le explicó que estaba en una casa de proscritos. Si quería quedarse, había alojamiento y entrenamiento gratis. Si no quería, tendría que huir de los soldados, algo para lo que mi hijo no estaba preparado.

Ur era un soldado al que por un mal entendido le tomaron por un asesino hacía 20 años. Tuvo que huir para salvarse. Desde entonces, para vengarse de la justicia, ayudaba a todos los proscritos. Tengo que reconocer que influí un poco para ponerle en el camino de Akhenaten, pero ¡qué no haría un padre por su hijo!.

Akhenaten aceptó su oferta porque así tendría más posibilidades de salvar a su madre en el caso de que fuese necesario luchar. Le dieron alojamiento y al día siguiente empezó con los entrenamientos. Sólo se le permitía salir al jardín. Aunque era tan grande como la casa, mi hijo acostumbrado a los palacios, lo encontraba pequeño.

Entrenó duro y le enseñaron más de lo que al principio imaginaba. A mi hijo se le daba bien luchar así que en un par de meses le dijeron que ya estaba preparado y que podía contar con el apoyo de cualquiera que hubiese entrenado en la casa, pero él también tenía que ayudar cuando se lo pidiesen.

Cuando salió de la casa, pasó varios días buscando información para ver si encontraba a su madre. Un día escuchó que el rey tenía encarcelada en su palacio a la esposa de un faraón. Salió corriendo en su búsqueda pero por el camino pensó que tendría que trazar un plan porque de otra manera sería imposible rescatarla.

Observó que cada semana le llevaban algunos bidones de vino al rey. Cuando estuvo preparado, mi hijo vació el vino de uno y se metió dentro. El olor era insoportable y sintió náuseas pero aguantó y consiguió su objetivo que era entrar en la bodega del palacio que estaba bajo tierra al igual que las celdas. A partir de ahí tendría que improvisar porque no conocía el palacio.

Observo desde el barril que los cambios de guardia se efectuaban cada 6 horas y durante unos minutos hablaban los soldados que salían con los que entraban. Cuando llegó el momento del cambio, salió del barril y fue silenciosamente hasta las celdas. No sabía que allí había otro guardia. No tuvo más remedio que matarle, le colocó de tal forma que parecía estar dormido.

Fue buscando celda por celda preguntando quién había. En una se encontraba la esposa del antiguo faraón de Al Maymun, que murió por una picadura de escorpión. Mi hijo no se lo podía creer. ¿Significaba esto que Nebirye estaba muerta?, ¿dónde podría estar?. Sintió la tristeza apretándole las entrañas. Decidió que obligaría al rey a contarle la

verdad sobre su madre. No le costó llegar hasta él, estaba en sus aposentos, desarmado y sin guardias ni esclavos.

El rey se sorprendió mucho al ver a mi hijo y buscó algo para defenderse pero no lo encontró. Mi hijo preguntó dónde estaba su madre. Como Akhenaten suponía, el rey confesó que Nebirye estaba muerta.

Entonces pensó que no tenía nada que hacer en vida humana, habían matado a toda su familia, le habían destronado y ahora era un asesino y ladrón. Tenía delante de él al culpable de todas sus desgracias, la ira le invadió y mató al rey para después quitarse la vida él.

Mi hijo, mi querido hijo, por fin a mi lado.

Mientras le abrazaba, Nebirye le explicó a Akhenaten que había muerto en una tormenta de arena pensando en él y lo mucho que le echaría de menos hasta que volviesen a estar juntos.

También le explicó que el día del mercado, durante la persecución después de matar al guardia, había sido alcanzado mortalmente por una flecha y había muerto en brazos de Ur. Desde entonces Akhenaten había habitado en la tierra como espíritu hasta completar su formación y vengar a su padre. Ahora, por fin, podría reunirse con los suyos en el lugar que le correspondía.

Mi hijo, mi querido hijo, por fin a mi lado.

FIN

ASIER MERINO HERRÁN